

(traducción)

Ginebra, 27 de octubre de 2002

## **La renovación que produce el carisma de la unidad en las Iglesias y en la sociedad.**

¡Queridos hermanos y hermanas:

¡Que Jesús esté en medio nuestro! Y puede estar porque él mismo lo ha prometido: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre -que para algunos Padres de la Iglesia quiere decir ‘en mi amor’-, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18,20). Y nosotros somos más de dos o tres.

El próximo 3 de noviembre se celebrará aquí, en Ginebra, el aniversario de la Reforma, una fiesta religiosa que deseo abunde de los mejores dones espirituales para todos los cristianos de las Iglesias Reformadas, hermanas y hermanos míos muy amados. Ese día, pues, resonará con fuerza una palabra: “reforma”, precisamente. Reforma, locución que expresa el deseo de renovación, cambio, renacimiento casi. Palabra especial, atractiva, que significa vida, más vida. Palabra que puede suscitar también una pregunta: el sustantivo “reforma”, el adjetivo “reformada”, ¿son válidos únicamente para la Iglesia que tiene en Ginebra su centro? ¿O no son palabras aplicables en cierta forma a todas las Iglesias? Es más, ¿acaso no han sido, desde siempre, típicas de la Iglesia?

Dice el decreto sobre el ecumenismo, del Concilio Vaticano II: “La Iglesia peregrina está llamada por Cristo a esta continua reforma de la cual, como institución humana y terrestre, siempre tiene necesidad”<sup>1</sup>. Y si observamos bien la historia de la Iglesia, especialmente de aquellos años cuando los cristianos todavía estábamos unidos, vemos que Jesús, con el Espíritu Santo, siempre ha imaginado, querido, orientado a su Esposa hacia una continua reforma, animando su constante renovación. Por ello ha ido enviando a la tierra, de cuando en cuando, dones, carismas del Espíritu Santo que han suscitado nuevas corrientes espirituales y nuevas Familias religiosas. Con ellas ha ido ofreciendo en hombres y mujeres, el espectáculo de una vida evangélica íntegra y radical.

Sucede también lo mismo en nuestros tiempos, estimados hermanos y hermanas, por decenas y decenas de carismas difundidos en las Iglesias, aptos para renovarlas. De ellos, como un ejemplo, os diré algo relativo al llamado “carisma de la unidad” que ha suscitado al Movimiento de los Focolares. En efecto, esta realidad eclesial, si bien ha nacido en una Iglesia, la católica romana, está formada ahora por personas pertenecientes a más de 350 Iglesias y comunidades eclesiales. Su objetivo es precisamente colaborar para la unidad de los cristianos y para la fraternidad universal entre todos los hombres y mujeres de la tierra. Sus abundantes frutos, su expansión en el mundo en 182 naciones y su consistencia, compuesta por casi 7 millones de personas de 91 idiomas, dicen que hasta hoy, gracias a Dios, ha ido realmente bien.

No sólo eso. Este Movimiento es de gran actualidad. Esto se puede comprender si juntos analizamos, un poco, la situación actual de nuestro planeta. Todos sabemos que recientemente en Johannesburgo se efectuó la cumbre de las Naciones Unidas (ONU) sobre el desarrollo sostenible, definido como una “toma de conciencia”<sup>2</sup>. Gracias a ella, las espantosas cifras sobre la pobreza en que versa gran parte de la humanidad, han estado ante los ojos del mundo. Y se ha comprendido que no es

---

<sup>1</sup> *Unitatis Redintegratio* 6.

<sup>2</sup> Cf intervención de la Santa Sede ante la 'Asamblea Plenaria de la Cumbre de las Naciones Unidas sobre el desarrollo sostenible - Johannesburgo 24.8-4.9.02 en "L'Osservatore Romano" 4.9.2002, p.2.

posible permanecer inertes; tenemos que aprender y que el mundo aprenda a vivir teniendo en cuenta el proyecto de Dios sobre la humanidad: todos somos hermanos y hermanas, somos una sola familia.

(...)

Ésta no es una visión del todo nueva. Testimonios de la historia reciente, como Mahatma Gandhi, Martín Luther King, Madre Teresa de Calcuta, el Dalai Lama y Juan Pablo II, la han tenido y querido con fuerza. Pero es sobre todo Jesús el que quiere la fraternidad universal si ha orado así: “Padre, que todos sean uno” (cf *Jn* 17,21). Él, al hablar de unidad, habla de fraternidad; fraternidad que, para nosotros cristianos, puede y debe ser nada menos que según el modelo de la Trinidad, de cuya vida podemos participar por el mismo bautismo.

La unidad. La unidad, pues. La fraternidad. Unidad y fraternidad que, por el carisma de la unidad, el Movimiento de los Focolares está especialmente comprometido a realizar. Este Movimiento testimonia y enseña que para vivir la unidad hay que partir del amor anunciado en el Evangelio, ese amor radical específicamente cristiano. Ese amor que, si es acogido con atención y diligencia y se lleva a la práctica, puede dar mucha esperanza al momento presente de la historia.

(...)

Los que lo viven en el Movimiento de los Focolares, por ejemplo, han experimentado que el amor es la mayor fuerza del mundo: desencadena alrededor de quien lo vive la pacífica revolución cristiana, hasta hacer repetir a los cristianos de hoy cuanto, hace siglos, decían los primeros cristianos: “Somos de ayer y ya estamos difundidos por todo el mundo”<sup>3</sup>. Esta revolución cristiana atañe no sólo al ámbito espiritual, sino también al humano, renovando cada expresión suya: cultural, filosófica, política, económica, educativa, científica, etc.

¡El amor! ¡Cuánta necesidad de amor tiene el mundo! ¡Y nosotros, los cristianos!

Todos nosotros juntos, de las diversas Iglesias, somos más de mil millones. Muchos, por tanto, y deberíamos ser bien visibles. Pero lamentablemente estamos tan divididos que muchos no nos ven, ni ven a Jesús a través nuestro. Él dijo que el mundo nos reconocería como suyos y, a través nuestro lo reconocería a Él, por el amor recíproco, por la unidad: “En esto reconocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (*Jn* 13,35).

El amor mutuo, la unidad debía ser, por tanto, nuestra divisa, nuestro distintivo y el distintivo de su Iglesia. Pero la plena comunión visible no la hemos mantenido y todavía no la tenemos; por consiguiente, estamos convencidos de que también las Iglesias, en cuanto tales, deben amarse con este amor, y ponemos nuestro empeño en trabajar en esta dirección.

¡Cuántas veces las Iglesias parecen haber relegado, olvidado el testamento de Jesús, escandalizando con sus divisiones ese mundo que debían conquistarle! En efecto, si echamos una mirada a nuestra historia de 2.000 años y, en especial, a la del segundo milenio, no podemos dejar de constatar que ha sido, a menudo, una sucesión de incomprensiones, de peleas, de luchas que han despedazado en muchos sitios la túnica de una pieza de Cristo, que es su Iglesia. Culpa también, ciertamente de circunstancias históricas, culturales, políticas, geográficas, sociales...; pero también porque ha disminuido entre nosotros este elemento unificador, tan nuestro: el amor. Por esta razón ahora, para intentar poner remedio a un daño tan grande y extraer nuevas fuerzas para comenzar de nuevo, hemos de poner toda nuestra confianza en este amor evangélico. Si difundimos amor y amor recíproco entre las Iglesias, este amor las conducirá, desde sus diversidades, a ser cada una un don para las demás, como espera Juan Pablo II en su libro, donde dice: “Es necesario que el género humano alcance la unidad mediante la

<sup>3</sup> TERTULIANO, *Apologético* 37,7.

pluralidad, que aprenda a recogerse en la única Iglesia, si bien en la pluralidad de formas de pensar y de actuar, de las culturas y de las civilizaciones”<sup>4</sup>.

Queridos hermanos y hermanas, lo hemos entendido: este tiempo, de cada uno de nosotros reclama amor, pide unidad, comunión, solidaridad. Y llama también a las Iglesias a que recompongan la unidad lacerada desde hace siglos. Ésta es la reforma de las reformas que el Cielo nos pide; es el primer paso necesario hacia la fraternidad universal con todos los demás: hombres y mujeres del mundo. El mundo, en efecto, creará si nosotros estamos unidos. Lo ha dicho Jesús: “Que todos sean uno (...) para que el mundo crea” (cf *Jn* 17,21). ¡Dios lo quiere! ¡Creedme! Y lo repite y lo grita a través de las actuales circunstancias que permite.

Que él nos dé la gracia, aunque no lo veamos realizado, por lo menos de prepararlo.

Chiara Lubich

---

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *En el umbral de la esperanza*